

dad resulta la imágen del caos, que es impracticable, que es insufrible, y que sería la subversion total de las costumbres; pues de la igualdad resultaría en los hombres la vida de los brutos, todo sería incestos, estrupos, horror... ¡O Dios inmenso! Aleja de nosotros y de todos los mortales semejante calamidad, que sería mil veces peor que la hambre, la guerra, la sed y la peste.

Entre la vocería con que se me ha valdonado en este instante, he perseguido la queja de que pretendía abultar los males para reducir la nacion á sufrir el yugo extranjero; y declaro en presencia de todos, invocando por testigo al mismo Dios que conoce los mas ocultos pensamientos, que mi ánimo no es otro que procurar la felicidad pública: ¿y á quien se le oculta que esta estriba en proceder con justicia?

¿Donde está la libertad que tanto ostentamos? ¿La hallaremos acaso en no poder el ciudadano decir su modo de pensar sin riesgo de perder la vida? ¿La hallaremos en la precision de tomar las armas para proteger y defender las opiniones monstruosas que han puesto las naciones en movimiento? ¿La hallaremos en la opresion que no nos permite salir á parte alguna, ni usar de nuestros bienes? ¿La hallaremos, en fin, en el centro del desorden, en medio de los tumultos, y banboleando agitados por las pasiones de diferentes partidos? Y despues de todo, ¿cuales son nuestras felicidades? El osado, el carnicero Dumourier nos prometió la Bélgica conquistada, y se vuelve derrotado, sin gente, sin honor y sin vergüenza. El valeroso, el cuerdo Custine se sostiene en Magnuncia con la intrepidez natural á un buen soldado; pero no lo podemos socorrer, y su ruina es inevitable. El infame, el vil Marat no cesa de alborotar el pueblo con sus sangrientos escritos, y no nos atrevemos á contenerlo. El regicida *L' Egalité* (el duque de Orleans) camina siempre á sus fines perversos. La Bretaña se ha sublevado abiertamente, las demas provincias están conmovidas y dispuestas para hacer lo mismo. Nuestras escuadras están en los puertos, y solo las podremos llamar nuestras el tiempo que permanezcan en ellos; pues no cabe en lo humano que puedan contrarrestar á las enemigas, muy superiores por todos títulos. Nuestro comercio ha parado enteramente, y las pocas embarcaciones que surcan los mares, son presa de nuestros contrarios. El dinero nos falta, las tropas veteranas ya no existen, gracias á los infieles caudillos que las han capitanea-

do. El español, el austriaco, el prusiano, el inglés, el holandés y el sardo nos quieren invadir; y lo que peor es, tenemos al cielo airado con nuestros impíos atentados. En este conflicto, á vista de esta pintura nada ecsagerada de nuestros males, ¿que nos resta que hacer, ciudadanos? Ya lo he dicho y lo repito: viva la magestad, triunfe la religion ó perezca de una vez toda la nacion francesa.

En este momento se escitó mayor murmullo, confusion y gritaria, y se oyeron terribles amenazas. Retiróse Peiton, y el pueblo se dividió en dos bandos, que estuvieron á pique de venir á las manos.

CARTA PASTORAL. (1)

Del Illmo. Señor D. Carlos de Couci Obispo de la Rochela.

En vano, nuestros muy amados hermanos, hemos espresado que el tiempo tranquilizaria nuestro espíritu, y mitigaria nuestro dolor. Hay penas tan amargas, tan dolorosas y crueles, que se aumentan por la resistencia que se les opone, y que no se mitigan sino permitiéndoles un libre desahogo. Nuestra imaginacion, combatida por las ideas mas tristes y espantosas, fatiga continuamente nuestra alma, y oprimida por una multitud de sentimientos contrarios, no sabe á cual ceder primero. La indignacion y el horror: la amargura y el dolor: la admiracion y el pesar la dividen igualmente, ó por mejor decir, la ocupan y llenan del todo ¡Que monstruos!... Que tormentos!... Que virtudes!... ¡Que monstruos los asesinos de nuestro rey! ¡Que tormentos le han hecho sufrir! ¡Que virtud en el heroismo y paciencia del justo sacrificado á la impiedad filosófica de un siglo corrompido! Ah! ya se ha consumado el último atentado, el crimen abominable, cuyo solo pensamiento nos hacia ántes, y no nos ha hecho mucho tiempo despues poner pálidos de asombro, y temblar de horror. ¡Y por qué hombres! por qué leyes! con qué audacia! con qué barbarie! con qué serenidad! Poner sacríligamente las manos en el Ungido del

(1) Esta pastoral se imprimió en Santander á 15 de abril de 1793 y se reimprimó en Vitoria por Baltasar Manteli, impresor de la real sociedad bascongada.

Señor: quitar la vida al que está revestido de la autoridad del mismo Dios para ejercer su justicia y su bondad sobre la tierra, es un horrible regicidio; pero cuando este crimen está acompañado de las circunstancias mas feroces: cuando es precedido de todos los ultrages juntos, de las mas viles afrentas, y de las mayores aficciones: cuando tienen la vergüenza de cubrir con capa de justicia la mas inaudita y la mas culpable de todas las injusticias: cuando para ella se usa la solemnidad atroz de un suplicio legal: cuando parece no se siguen las vanas formalidades de algunas leyes arbitrarias sino para trastornarlas todas: cuando se niegan á su rey inocente, condenados sin embargo á morir por mano del verdugo, aquellos lenientes que no se negarian al delincuente mas convicto, y que en tiempos menos bárbaros se concedian aun á los asesinos de nuestros reyes: cuando este acesinato público viene á hacer como un crimen nacional, cometido con plena deliberacion: cuando se decreta esta muerte por sus mismos acusadores, y se consiente en ellas sin reclamo por unos monstruos que aun no se sacian con tantas atrocidades como han cometido de cuatro años á esta parte: cuando se ejecuta á ciencia y paciencia de todo un reino, ni el centro de una capital muy populosa, sin la menor oposicion, en medio de gritos de alegría, y de aplausos propios del infierno: ¡qué nombre podemos dar á tal regicidio ó como lo podremos explicar! ¡Y cómo siquiera le podremos concebir! No: los siglos mas groseros de la barbarie mas inhumana no presentan ciertamente un ejemplo semejante.

Se han visto reyes muertos por asesinos: se han visto reyes víctimas de facciones que han despedazado sus reinos, perecer en medio de sus defensores: se ha visto uno destrozado, condenado, muerto en medio de su pueblo; pero esto fuè obra solamente de un solo monstruo, atrevido, osado, ambicioso, hipócrita; pero no ha sucedido sino despues de muchas batallas, el apoderarse de la sagrada persona del monarca, y no ha sucedido, por decirlo así, sino despues de haber muerto todos los vasallos fieles; pero el verdugo que consumió este delito no se atrevió á presentarse en el cadavalso á cara descubierta sino desfigurado; pero el mas triste silencio reinaba en todos los asistentes, y solo era interrumpido por sollozos; pero una infinidad de vasallos fieles murieron el mismo dia de sentimiento y dolor; pero el malvado que se atrevió á juzgarle y

condenarle, por mas que afectaba tranquilidad, padeció toda su vida los mas vivos remordimientos é inquietudes de su conciencia, y perplejidades de su alma, y desconfianzas perpetuas de sus mismos partidarios, y el temor de hallar á cada instante un vengador de la muerte de su rey; pero el ejemplo solo de este execrable atentado le hacia conocer ser posible ejecutasen con él otro tanto, y le enseñaba por consiguiente á guardarse, y prevenir este suceso: en fin las amargas quejas de la nacion inglesa, que quisiera borrar de los fastos de su historia hasta la menor idea de semejante atentado, que espia cada año honrando la memoria de Carlos I, y sobre todo permaneciendo obedientes á sus sucesores con una fidelidad inviolable; todo esto deberia servir de una gran leccion al universo entero, para no renovar el mas infame y odioso delito. ¡Y los franceses se han manchado con la sangre de su rey, en un siglo que se atreven á llamar el siglo de las luces; bajo el imperio de una filosofia que se dice ser amante de la humanidad, han escedido por su detestable audacia lo mas enorme que de este género presenta la historia!

¡Los franceses! despues de haber despreciado, ultrajado, hollado lo mas sagrado que ofrecen la naturaleza, la humanidad, la razon, la justicia, y la religion: despues de haber armado al padre contra el hijo, al hijo contra el padre, al esposo contra la esposa, al hermano contra el hermano, al amigo contra el amigo, los vasallos contra el rey: despues de haber invadido todos los bienes de la iglesia, de la corona, de la nobleza, y todo lo que pertenecia al trono, y al altar: despues de haber despojado las iglesias, violado los templos, destrozado los altares, profanado los ornamentos sagrados, insultado las reliquias de los santos, atentado contra la magestad del mismo Dios en sus tabernáculos: despues de haber ultrajado, arrojado de sus asilos, reducido á los horrores de la miseria las vírgenes del santuario: despues de haber perseguido, desterrado, martirizado los sacerdotes: despues de haber rompido todos los vínculos que los unian á la iglesia católica: despues de haber adoptado todas las religiones, á fin de proscribir la de Jesucristo: despues de haber atraído mil veces sobre sí los anatemas de la razon ultrajada, de la humanidad violada, de la religion perseguida: despues de haber declarado la guerra á toda autoridad, á todas las potencias, amenazado todas las coronas, tratado de emponzo-

ñar con sus dogmas todos los estados, y sublevar todos los pueblos: despues de haber destrozado á su rey, matado á sus pies, y eso muchas veces, á sus mas fieles criados, de haberle insultado en su persona, en su esposa, en sus hijos, en sus parientes, hasta en la memoria de sus mayores: despues de haberle tenido en una prision estrecha, desembainada continuamente la espada sobre su cabeza: despues de haberle hecho beber hasta las heces del vaso infernal de todos los disgustos, de todas las amarguras, de todas las privaciones mas sensibles: despues de haberle negado siempre el consuelo de todo recreo, de haberle hecho sufrir con precipitacion todos los dolores posibles: ¡los franceses! revelados, injustos, sanguinarios, inhumanos, bárbaros, feroces, impios, incrédulos, filósofos, se han hecho execrables regicidas, han hecho espirar sobre el cadahalso. . . Ah! ¿A quien, gran Dios? . . . Al hijo primogénito de la iglesia, al descendiente de S. Luis, al nieto de Enrique IV, de Luis el grande, de Luis el muy amado, al hijo del Delfin, modelo de todas las virtudes! ¿A quien, pregunto otra vez? Al amigo, al padre de sus vasallos, á un príncipe virtuoso, cuya alma era bella y justa, á un príncipe que solo deseaba el bien, que á nadie habia hecho mal. ¡Ah! ¡Príncipe desgraciado, y tan digno de mejor suerte! ¡Cuando llamabas á los pies del trono los representantes del pueblo para escuchar sus aflicciones, y concertar con ellos los medios de aliviar á tus hijos, llamabas entonces mismo á tus verdugos para conducirte al cadahalso! ¡Y los verdugos son franceses! ¡Son hijos de nuestra patria! ¡Ah, nuestros muy amados hermanos! ¡Por qué no hemos muerto antes que oyéramos esta novedad con que se nos hiela la sangre de horror! ¡Cómo hemos nacido en un siglo que produce semejantes atrocidades! ¡Oh cuanto debemos felicitarnos por haber huido de esa tierra inhumana para testificar al universo entero que no pensamos como ella! ¡Qué lastima tenemos á las almas sensibles y á tantos católicos, fieles á Dios y al rey, que se ven precisados á habitarla todavía, y cuya débil y tímida virtud se halla envuelta en el caos abominable de todos los delitos! ¡O Francia! Si aun no estás bien castigada por tus prevaricaciones: si no es bastante el que hayas llegado á ser el oprobio y el horror de toda la Europa, de todas las naciones, y de todo el universo, ¿qué suerte debes esperar, puesto que no hay infelicidad que tu no hayas

merecido? Si no está decretado que solo el delito reine sobre la tierra, toda la tierra debe declararse contra tí. Si Dios no abandonó las naciones á ese espíritu de locura y de furor que te devora, todas ellas se deben unir para ahogarle en su seno mismo. No tendrás para defenderte sino las potestades del infierao (1), á quienes has sacrificado todos tus hijos, y de las que ya participas la rabia y la desesperacion. En breve no tendrás inocentes ni justos en quienes ejercitarla, y entonces la ejercitarás contra tí misma. La sangre con que te has embriagado es un veneno que te consumirá tarde ó temprano. Los cadáveres, en que has saciado tus mortales furores, han introducido en tu cuerpo una semilla necesaria de corrupcion y ruina. El olor de muerte con que has querido apacentar y satisfacer tu detestable orgullo, te anuncia una destrucion espantosa. ¡O franceses delincuentes! A pesar vuestro hay todavía un cielo justo: hay todavía un Dios vengador que ha oído el grito de muerte que habeis pronunciado contra tantos inocentes, y contra el mejor de los reyes. (2) Ha oído que pediais que su sangre (3) cayese sobre vosotros y sobre vuestros hijos: él ve todavía vuestro crimen gravado con caracteres sangrientos sobre vuestra frente audáz, sobre vuestras manos parricidas, y sobre vuestras regicidas almas. La sangre de ese cordero, es verdad, pidió el perdón para vosotros. Era pues bien pura, y vosotros por lo mismo sois bien delincuentes en haberla derramado. Ah! La vuestra no bastaria para espiar este delito. No: no conseguirá del cielo una gracia que vosotros mismos no esperais, y cuyas saludables impresiones os complacéis en rechazar. ¿Acaso no teniais un Dios? Lo habeis execrado. ¿No teniais su religion tan sublime, tan santa, tan pura? Habeis renegado de ella. ¿No teniais la paz? Habeis preferido la guerra. ¿No teniais un rey, y el mejor de los reyes? Lo habeis asesinado. ¿No temeis las venganzas del cielo? Vuestra obstinacion las provoca. ¿Y la sangre del justo podrá acaso suspenderlas? No: no hay mas que justicia de Dios para aquellos que insultan y desprecian su misericordia. La sangre de Abel pidió perdón; pero el sello de la reprobacion no dejó por eso de estar siempre

(1) Immolaverunt filios suos & filias suas Dæmoniis. Ps. 105.

(2) Reus est mortis. Matth. cap. 26 V. 66.

(3) Sanguis ejus super nos & super filios nostros, ib. cap. 27 V. 25

impreso en la frente del fratricida. La sangre de los mártires pidió perdón; pero sus jueces, y sus verdugos quedaron sin embargo en las tinieblas del paganismo. La sangre de Jesucristo pidió perdón; pero la nación que la derramó, no deja por eso de ser la escsecración del universo. La sangre del justo caerá pues sobre vosotros (1), sectarios feroces, filósofos impíos, que la habeis derramado; y sobre vosotros, monstruos cobardes y pérfidos, que unos mas, y otros menos habeis consentido en su derramamiento: ella caerá sobre todos vosotros los que habeis contribuido á su suplicio, que habeis aplaudido su muerte, y que la habeis celebrado como un triunfo digno ciertamente de vuestra barbaridad.

El castigo será grande y memorable: hace mucho tiempo que os amenaza, y parece que el cielo no ha permitido este escsecrable atentado sino para acelerarle mas. ¡Podrá acaso llegar á tiempo que os impida precipitar en el sepulcro de nuestro rey todo lo que le toca por la sangre, por el amor y por la obligacion! ¡Ay de mí! ¡Qué se ha hecho de su esposa, de sus hijos, y de su hermana? Se dice que están encerrados en una cárcel estrecha y horrosa. ¡Qué será de ellos! ¿No es esto un presagio siniestro del suplicio que les espera? Acaso desean este fin, aunque tan cruel, como una gracia. ¡Tan infelices son como todo eso, y tan insoportable les es sobrevivir al digno objeto de sus cariños! (2) ¡O reina sensible y tierna! ¡Cuál habrá puesto vuestro corazon una afliccion semejante! ¡Qué esposa, qué madre, qué reina fué jamás oprimida de tales penas y dolores! ¡Cuántas veces despues del primer instante de vuestra cautividad no habeis experimentado las agonias de la muerte! ¡Qué golpes tan terribles ha descargado sobre vos el azote de la desgracia! Siendo tan grande como la inmortal Maria Teresa, vuestra augusta madre, ¡ah! ¿por qué no habeis gozado de su felicidad? Teniendo entre sus brazos á su hijo [que era la esperanza y el heredero del trono de los césares] recorría las filas de sus fieles húngaros para inspirarles los sentimientos de su ternura, y en cada uno de ellos halló un defensor intrépido:

(1) Secundum duritiam tuam & impenitens cor thesaurizas tibi iram in die ira & revelationis justí judicii Dei, Rom. 2.

(2) Praecepto Domine recipi spiritum meum, expedit enim mihi mori magis quam vivere Tobiae 3. v. 6.

mil veces habeis intentado hablar del mismo modo al corazon de los franceses; pero ya no lo eran los que os rodeaban, y se habian convertido hacia cuatro años en una infame gavilla de monstruos y asesinos. En esto ha venido á parar: la reina de las naciones está cubierta de luto por haber quedado viuda (1): noche y dia sus mejillas estan surcadas de lágrimas amargas: no tiene amigos que la puedan consolar: los muchos que de ella han recibido beneficios, todos se han vuelto ingratos y se han convertido en sus perseguidores: tuvieron la osadía de echarle violentamente las manos para ponerla en prision con sus hijos: la hija de tantos reyes está despojada de todo su lustre, y no le han quedado mas que afrentas, ultrages y tormentos. Sus enemigos estendieron su mano profana y cruel á todo lo que amaba su corazon, y estos furiosos le van quitando la vida con las gravísimas aflicciones que le causan. Cada dia hieren su alma con algun nuevo golpe de ferocidad; y si aun vive, y viven sus hijos, se puede decir que es para hacerla sufrir mas, y para mas prolongar el deleite bárbaro de sus verdugos, por todas partes se ve rodeada de la muerte: de la parte de afuera ve la espada amenazando su cabeza, de dentro sufre el martirio del sentimiento, que por instantes la va llevando al sepulcro. ¡Qué estado es este, gran Dios! ¡Ah Señor! Si es capaz de alguna mitigacion en sus penas, y de algun consuelo ó re-

(1) Facta est vidua Domina gentium. . . . plorans ploravit in nocte & lacrymae ejus in maxillis ejus non est qui consoletur eam. lex omnibus charis ejus. . . . omnes amici ejus spreverunt eam. & facti sunt ei inimici: omnes persecutores ejus apprehenderunt eam inter angustias: parvuli ejus ducti sunt in captivitatem ante faciem tribulantis & egressus est á facie filiae Sion omnis decor ejus: Omnes qui glorificabant eam, spreverunt illam ipsa autem gemens conversa est retrorsum. . . . deposita est vehementer non habens consolatorem. . . . O vos omnes attendite. & videte si est dolor sicut dolor meus quoniam vindemiavit me ut locutus est Dominus. . . . possuit me desolatam tote die moerore confectam. . . . abstulit omnes magnificos meos Dominus de medio mei. . . . vocavit adversum me tempus ut contereret electos meos ideo ego plorans & oculus meus deducens aquas quia longe factus est á me consolator convertens animam meam: facti sunt filij mei perdití quoniam invaluit inimicus. . . . Vide Domine quoniam tribulor conturbatus est venter meus subversum est cor meum in memetipsa, quoniam amaritudine plena sum Foris interficit gladius & domi mors similis est Audierunt quia ingemisco ego. . . . omnes inimici mei audierunt malum meum laetati sunt. Lament. cap. 1.